Los indeseables

Aurora Moreno López

Image not found.

Capítulo 1

La noche del 23 de septiembre, hice caso a mis padres por última vez.

–Mi amor –me susurró cariñosamente mi madre mientras me apartaba el mechón de cabello castaño de la cara–, hoy es tu día.

No se equivocaba. Hoy era mi día, el día que lo cambiaría todo de pies a cabeza. Pero aún no sabía si para bien o para mal.

Yo, con aires de inexperta inocencia, lucía un vestido blanco de manga corta que realzaba mi cintura y caderas y que mi propia madre había mandado coser a las mejores modistas de la región. El cabello lo llevaba recogido en un moño bajo que, aunque pareciera despeinado y gracioso, estaba esmeradamente trabajado. El corsé que mi madre me había prestado subía mi pecho y ajustaba aún más mi cintura, dejándome sin respiración ni movilidad. Me había maquillado los labios con un rosa oscuro y tonos claros, porque, según mi madre, el rojo no me sentaba nada bien a la cara por mi tez pálida.

–Estás guapísima –exclamó mi padre al verme entrar en el gran comedor–. Nuestro invitado no se arrepentirá.

Y es que, esa misma noche, vería por primera vez al que debía ser mi marido. El señor y la señora Molins, mis padres, habían decidido un buen futuro para mí. Habían invitado a los señores Peiró a una cena en nuestra casa en la que habían preparado todo lo posible para agradar a sus huéspedes.

–¿Notan ustedes que falta algo más? –se dirigió a los señores Benilda, la criada.

Benilda era una mujer de unos cincuenta años con la que, desde siempre, yo mantenía una amistad y no solo una relación profesional.

–Creo que ya está todo, Benilda. No se olviden de preparar la cena como les dije. No son unos invitados cualquiera.

–Lo sé, señora. Se lo comunicaré a la cocinera.

Benilda salió de la habitación guiñándome un ojo a lo que respondí sonriendo. La criada me había dado los mejores consejos de mi vida. “Eres joven y aun no sabes lo que es la vida. Ya lo descubrirás, mi nena, te falta poco”, me solía decir.

Benilda fue una de las que aprobó que yo conociera a Germán Peiró. “Es un buen muchacho, te cuidará bien. Además, ya es médico, como tu

padre, y dentro de poco abrirá consulta. Es mucho mejor que el hijo de aquel piloto del que te encaprichaste". Todos querían que yo, Elisa Molins, me convirtiera en la señora de Peiró. Todos menos uno. Todos menos Álvaro Cases.

Álvaro Cases había sido profesor en la universidad, pero por razones desconocidas, dejó su trabajo. Era un hombre de mediana estatura, delgado, de pelo negro peinado delicadamente y maneras sospechosamente amaneradas y aunque tenía bastantes años, seguía con una salud de hierro. Se comentaba que andaba en relaciones con un joyero del pueblo, pero solo eran rumores que yo no creía sin pruebas. Cases, fiel paciente del doctor Molins, llevaba años enseñándome el arte de la literatura, la poesía y los libros en general. Me había enseñado a escribir correctamente una carta, me había enseñado la gramática pero, sobre todo, me había donado pequeñas partes de su sabiduría y moral. Mi padre no quería que aprendiera nada fuera de lo básico, simplemente por el mero hecho de que nunca me iba a hacer falta. Sin embargo, Cases lo convenció. "Hágame caso, doctor, su hija vale millones. Tiene la inteligencia que mil varones no tendremos nunca". De esta manera, mi padre dejó la responsabilidad en manos del profesor Cases. Me gustaba mi profesor. Con él se podía hablar de política y de temas varios sin que ningún hombre se riera de mis opiniones, por muy bien argumentadas que fueran. Cuando compartí con él la noticia del nuevo pretendiente, Cases hizo una mueca de inseguridad.

-Estoy seguro de que a ti no te hace falta ningún médico para que tengas todo lo que necesites -me confesó él en el banco del parque donde solíamos charlar por las mañanas.

-Lo sé. Pero mis padres...

-Muchas veces los padres no tienen la razón, querida.

-Quieren lo mejor para mí.

-Desengáñate, Elisa. Si acabas queriendo a ese muchacho será lo mejor para ti. Si no, será solo un médico más que te podrá dar mucho dinero, hasta descendencia, pero no te podrá dar de aquí -afirmó señalando su corazón.

Las palabras del profesor fueron recordadas en bucle por mí aquella noche de septiembre.

Apenas quedaban cinco minutos para que los invitados llegaran. Mi madre esperaba con impaciencia en el sillón de piel. Vestía un traje de chaqueta negro y blanco, combinando con sus ojos grises, y unos zapatos de salón negros. Llevaba el moño que llevaba siempre para las ceremonias, alto y sencillo. Mi padre también estaba nervioso por la llegada. Apuraba el

último pitillo sentado en el sillón, al lado de su mujer.

¿Acaso era yo la que no estaba ansiosa de la llegada de los Peiró?

¿Era yo la principal interesada pero a la que menos le interesaba aquella cita?

Mis pensamientos se disiparon tras oír el timbre de la puerta. Todos se levantaron del golpe de sus asientos.

–¡Benilda! ¡Corra, abra ya! –exclamó mi padre.

–¡Sí, señor! ¡Corriendo! –se apresuró Benilda.

Una nube de entusiasmo cubría la sala y empapaba a todos menos a mí.

–Buenas noches –pudo la familia oír al señor Francisco Peiró tras la puerta.

Benilda cogió las chaquetas de los señores y las colgó en el perchero de la entrada.

–Buenas noches, señores. Acompañenme. Los señores Molins están esperándolos en el comedor.

La familia Peiró pudo verse traspasando el arco que dividía la enorme entrada del comedor. La señora iba del brazo de su esposo y el atractivo Germán Peiró les seguía. La familia deslumbraba por elegancia y por belleza. Los dos hombres lucían el traje negro y la pajarita reglamentaria. La señora vestía un vestido de seda roja y unos zapatos negros acabados en punta.

Nunca había visto a mi pretendiente. Pero, por fin, me encontraba con él, cara a cara. El joven hijo del matrimonio Peiró era alto y con buena percha. Pude fijarse que el esmoquin le quedaba a la perfección, entallado pero sin excesos. Mi pretendiente, de apenas dos años más que yo, tenía el cabello castaño casi rubio peinado hacía atrás y los ojos de un color que me estremecieron el cuerpo en la primera mirada. Su cara era geométrica y con forma fuerte, aunque su expresión facial denotaba simpatía. En aquel instante, pensé que aquel hombre que tenía delante y que besaba la mano de mi madre era el hombre más atractivo que había visto.

Le concedí su mano al padre para que la besara. Me soltó un piropo, al que sonreí tímidamente. No estaba acostumbrada a tales situaciones. Saludé a su madre y alabé su vestido. Y, por fin, llegó el turno de Germán. Le tendí la mano y quise pensar que al cogerla la acarició

suavemente.

–Estás preciosa –dijo mirándome con esos ojos verdes tan llamativos. Después hizo contactar su labio con el dorso de su mano pálida.

Todos nos observaban y me percaté de ello. Di las gracias por el piropo y, sonrojada, me refugié en la compañía de mis padres.

Las dos familias nos sentamos a la alargada mesa. Cada familia a un lado. La mesa, decorada con un mantel blanco y un bordado en azules y grises, sirvió los manjares que la cocinera Regina y la propia Benilda habían preparado y que fueron devorados en dos horas de charla y placer gustativo.

La cena acabó y don Alonso Molins, mi padre, insistió en que sus invitados se quedaran charlando en el salón. Germán me invitó a salir fuera que, aunque ya estaba entrada la noche, apenas hacía frío. Me enfundé en la chaqueta y salimos al jardín.

La noche estaba iluminada por una luna llena y miles de estrellas salpicadas por el cielo. Al rato de estar fuera paseando entre la maleza del jardín, Germán me ofreció su brazo tímido. Lo acepté y me agarré a él. Sentí seguridad y confusión. Me sacaba una cabeza y media de altura. Aun así, yo no estaba incómoda. Con él me sentía bien, aunque un silencio incómodo nos visitaba desde hacía unos minutos.

–¿Qué piensas hacer ahora? –rompí el silencio yo, que tenía curiosidad.

–¿A qué te refieres?

–Con tu trabajo.

–Quiero montar una consulta aquí, en Revias. Mis padres tienen un ático en uno de los bloques del centro. Allí quiero montarla.

–Es buena idea.

–¿Y tú?

–¿Yo? –contesté confusa. ¿Qué quería hacer yo?

–¿Qué piensas hacer ahora? –preguntó sonriéndole.

Nunca me había planteado esa pregunta.

-Supongo que...

-¿Casarte?

-Casarme -asentí tras una pausa, aunque no estaba segura de mi respuesta.

Él sonrió de esa manera tan atractiva como lo había hecho anteriormente en la cena.

"¿Es una proposición?", pensé.

Estuve absorta en sus pensamientos todo lo que nos quedaba de paseo.

Sin duda alguna, Germán Peiró me había encandilado. Sus ojos verde oliva, su cabello que brillaba con la luz de la luna, el roce de sus labios con su mano al saludar, su simpatía incondicional... Pero, sobre todo aquello, las dos últimas frases que él me susurró aquella noche mientras todos se despedían: "No eres como las chicas que me gustan. Eres la chica que me encanta". Sin apartarse de mi cara, me besó la mejilla y después la mano.

Lo vi salir de la casa mientras mi mente repetía esas frases en la cabeza sin poder dormir.

Capítulo 2

Germán me recogió al día siguiente en mi casa. Y todos los demás días también. Cada mañana que salíamos, dábamos un paseo por la avenida, mirábamos escaparates y nos besábamos cariñosamente. Había días que no podía acompañarme en el paseo por su trabajo. Esos días, yo salía sola o incluso no salía y prefería ayudar en casa a Benilda, que afirmaba que me había cambiado la cara repentinamente y mi rostro brillaba como nunca antes. Así ocurrió todas las mañanas durante dos largos meses hasta que, un día cualquiera, Germán y yo volvimos a hablar del matrimonio desde la última vez en la cena de septiembre. La navidad estaba cerca y el frío penetraba en la piel por los poros y te hacía temblar. Él me sentó a un banco de la calle y me habló durante cuatro minutos en los que yo ni le miré a la cara. Por emoción o vergüenza, no lo sé. Me limitaba a ver pasar los coches y a mirar un punto fijo mientras masticaba toda la información. Cuando acabó su discurso, sólo pude contestar sí a su pregunta y besarle efusivamente, como nunca antes lo había hecho.

Todos se esperaban la noticia, pero solo una reacción me preocupaba: la de Álvaro Cases.

Álvaro acogió la noticia con alegría aunque con cierta preocupación. Me atosigó a preguntas a las que yo respondía "sí" con una sonrisa enorme. Sé que él sabía que yo en realidad no era víctima del amor, sino más bien del ansia de ser amada de una vez por todas. Él siempre supo desde el primer momento que yo nunca me enamoré de Germán, sino más bien que me enamoré del primer hombre que me quiso tratar con cariño. Poco me hubiera importado quién.

Nunca supe descifrar mis ganas de compromiso con Germán que, más que un hombre firma y de negocios como lo pintaban las lenguas, era un muchacho altruista y que, en muchas ocasiones, sobrepasaba los límites de la bondad. Quizá no solo vi en él un marido, sino más bien un hijo al que debía acompañar y educar desde el cariño y el amor más tierno. Germán era un niño, un niño pequeño e inocente que tenía ilusiones. En eso quizá era en lo que más me asemejaba a él.

Decir que nunca quise a Germán no es cierto: lo quise, pero no como debía. Solo sentí por él el cariño de un amigo. Sin embargo, algo en mí me decía que debía seguir a su lado, costara lo que costara. No fueron fáciles los meses antes de la boda, ni las preguntas de Álvaro y ni nuestras conversaciones en la mañana que me hacían cada vez abrir más la mente y rompérmela de tanto reflexionar. A veces intentaba ponerla en blanco o distraerme con alguna tarea que me mantuviese ocupada. No fue fácil, pero conseguí controlar mis pensamientos y centrarme en querer a mi futuro marido y tener como única preocupación los preparativos de la

ceremonia.

Tras largos meses, Germán y yo contrajimos matrimonio el día 26 de enero en la mansión de los Peiró y con una lista de invitados más larga de lo que yo hubiese deseado. Germán y yo no nos separamos ni un segundo durante la celebración. Se lo pedí yo exclusivamente tras ver a mi alrededor solo caras desconocidas que charlaban, reían y bebían en corros. Él me presentó a todos los que conocía: jueces, políticos, empresarios, catedráticos... Todos hablaban del nuevo cargo político de mi suegro, Joaquín Peiró. Yo, que desconocía el tema casi en su totalidad, escuché atentamente todos los comentarios. Lo único que sabía de la carrera política de mi suegro era lo que Álvaro me había comentado en pequeñas pinceladas de información que extraía de tertulias en alguna de las cafeterías que frecuentaba. En definitiva, solo sabía que el que ya era mi suegro, se había aliado con un conocido político amigo suyo, creando un partido totalmente revolucionario e innovador que, según parecía, daba un respiro de aire fresco a los que no se sentían a gusto con el gobierno. Sin embargo, a Álvaro nunca le había dado buena espina. "Parece ser que el partido apoya fielmente a trabajadores y obreros que no tienen buena seguridad de trabajo y a aquellos que han sufrido a causa del gobierno. Parece ser", me contó Cases. "Peiró ha pasado a ser primer representante del partido y cada día se le unen más afiliados. No sé cómo puede acabar esto".

La mayoría de los días, mi padre encendía el televisor para ver a su consuegro soltando un largo discurso perfectamente redactado y con un ímpetu propio de un revolucionario que desea un cambio urgente. Mi padre solía verlos todos antes de cenar, saboreando el tabaco de su antiquísima pipa de madera rojiza y en una oscuridad absoluta. Me miraba y afirmaba que Peiró sabía qué se tenía entre manos y que habíamos tenido suerte de entablar relación con él. Yo no estaba muy segura de lo que decía pero, enfrascada en la ilusión de un futuro con Germán, dejé de interesarme por Joaquín Peiró y su carrera política. Ni siquiera lo había hablado con Germán. Ni siquiera lo recordaba. Hasta ese día.

Capítulo 3

Germán y yo llevábamos varios meses viviendo en casa de los Peiró. Afortunadamente, poseíamos una intimidad que nadie violaba: su padre seguía enfrascado en sus discursos y su madre en las tertulias y cafés con amigas. Germán y yo no sentíamos necesidad de mudarnos ni disponíamos de una seguridad económica para hacerlo, así que decidimos vivir allí más tiempo del deseado.

Yo, cada mañana, salía a dar un paseo por los jardines para tomar aire fresco antes del desayuno. Muchos días también salía a dar un paseo con mi marido, a charlar con Álvaro Cases o incluso él mismo me visitaba y charlábamos en el jardín. Una de las mañanas que nos encontramos en el banco de siempre me contó las novedades. “La tensión política ha ido a más. El pueblo escucha cada día más a Joaquín y detesta al gobierno”. Yo no sabía nada. En mi nuevo hogar nadie hablaba de la situación. Así que, Cases me informaba de todo en secreto.

Más de un día intenté charlar con la familia Peiró sobre la situación y Germán acabó diciéndome que preferían no hablar del tema. “Mi padre está muy enfrascado en ello, prefiero no saturarle más”, solía decirme a solas. “He tenido que acceder a ayudarle con todo esto”.

Germán se pasaba las tardes enteras en el despacho de su padre. Las pocas veces que podía oír sus pasos sobre la madera era para comer, cenar o para coger algo de la librería del salón. A los pocos minutos, los pasos cesaban tras sonar las bisagras de la puerta. Así, pasaron dos semanas que a mí se me hicieron eternas.

Finalmente, Joaquín Peiró y su compañero Eduard Cózar se rebelaron contra el gobierno el 4 de marzo y consiguieron una arrasadora y apoyada victoria que más tarde sería temida por todos.

Capítulo 4

Apenas un mes más tarde de la victoria, Germán y yo pudimos recuperar el tiempo perdido. Ya disfrutaba de tiempo libre sin ayudar a su padre, que le había mandado expresamente pasar tiempo conmigo y no con cuestiones que no eran de su incumbencia. Además de las tardes que pasó encerrado en un despacho rodeado de papeles desordenados y reflexiones políticas, el mes siguiente del Gran Cambio –que así era como la prensa había llamado a la derrota del gobierno- estuvo plagado de fiestas y cócteles en la mansión de los Peiró. Yo nunca he sido amante de rodearme de gente que desconozco pero que ellos si saben de mi existencia. Porque, como no podía ser de otra forma, yo era protagonista todas las noches, yo era la matriarca de una futura familia Peiró Molins que, según Germán les decía a todos, quería tener descendencia amplia y a edad temprana, cosa que yo desconocía y no recordaba haber hablado con él nunca. Me sentí incómoda en las primeras fiestas, pero las demás se hicieron rápidas e incluso divertidas. Me atreví a no depender de mi marido y a dirigirme y charlar con un grupo de gente yo sola, ya estaba acostumbrada a las preguntas típicas de los recién casados a las que siempre respondía lo mismo pero con distintas palabras para no resultar monótona y, además, sonreía a las alabanzas de los invitados con elegancia practicada durante horas. He de confesar que incluso me llegó a gustar ponerme guapa sin salir de casa y charlar como una anfitriona. Ya no me resultaba tan rara la vida de los Peiró.

Aun así, me acordaba todos los días de mis padres, que solía visitarlos cada dos días si no era muy tarde cuando miraba el reloj después de leer en la butaca. Cuando iba a mi antiguo hogar me resultaba acogedora, pero sentía que yo ya no encajaba allí. Mis padres tenían otra forma de vida, otro día a día lejano a fiestas, a papeleos continuos y a charlas políticas durante las comidas. Mi padre era banquero, no empresario, y yo sé que nunca llegaría a la política porque, aunque le hubiese gustado, era muy malo para la labia. Las riquezas de las dos familias eran cercanas, casi iguales, pero no tenían nada que ver. La tranquilidad y la sosegada armonía de mi casa eran reliquias que aun yo conservaba en mi interior.

Siempre volvía a casa antes de que la luz del sol se apagara del todo para llegar a tiempo a la cena. Los cuatro nos sentábamos a la mesa y apenas hablábamos, solo cuando el diario había avisado de alguna noticia interesante. Sin embargo, yo no solía articular palabra alguna. Aun me daba vergüenza hablar con mi nueva familia. Nunca supe por qué.

Todos los días que visitaba mi casa, Benilda se sentaba con mi madre y conmigo a charlar. Su relación ya no era profesional. Desde que me casé, Benilda y mi madre quedaron incompletas y tuvieron que hacerse compañía la una a la otra. Ambas estaban solas. Las visitaba cuanto podía, tomaba una taza de café o dos y me volvía a marchar antes de que

la luz del sol se apagara. Fueron aquellos momentos al lado de una chimenea y un ambiente que olía a café los que me salvaron día tras día.

Entre sorbo y sorbo de cafeína, mis dos confidentes me preguntaban y yo a ellas. Siempre contestaba sonriendo, feliz, aunque muchas veces tuviera que mentir y guardarme el dolor: yo no quería que se preocuparan por mí, yo ya había volado, ellos me habían buscado un futuro en el que debía estar feliz o, al menos, sentirme bien. Pero jamás me preguntaron cómo yo quería ser feliz.